

El ascenso a los Andes y la Batalla de Boyacá

Richard Vawell

Hacía algún tiempo que el ejército patriota ocupaba a Mantecal, y se creía, en general, que invernaría allí. Sin embargo, apenas había empezado la estación lluviosa, cuando Bolívar se dirigió a Guasdualito, pequeña población situada en las Llanuras superiores de Barinas, donde los ríos Apure y Arauca se acercan uno a otro. Algunas partes del alto llano, junto a las orillas del Arauca, no son tan fértiles como los llanos inferiores, y ofrecen con bastante frecuencia grandes extensiones de terreno estéril tales como las que se encuentran cerca del Lago de Merecure, donde no hay ninguna especie de alimento para el ganado. Donde el piso arenoso está cubierto con una adormidera espinosa, el avance era muy difícil para la infantería, especialmente porque los zapatos eran escasos en el ejército patriota. La falta de agua, en verano, en estas Llanuras tan estériles, obliga a menudo a los jinetes a dejar sus cabalgaduras y a cargar las sillas hasta encontrar otro caballo.

El espejismo, con sus ilusiones prestigiosas, aparece a menudo en medio de estas áridas soledades. Aunque sepa de qué se trata, siguen engañando al viajero y lo convencen, contra su juicio racional, que ve claramente, más o menos a una milla, un estanque de agua limpia, ligeramente rizado por suave brisa. Las sombras piramidales de las palmeras, que abundan en las partes secas de los llanos, son reflejadas por los vapores que se levantan, y tienden con sus movimientos oscilantes a hacer más fuerte la ilusión.

Sin embargo, los caballos y los novillos no se dejan engañar tan fácilmente por esas apariencias, pues saben con bastante anticipación

cuándo se acercan al agua, por indicios que se escapan al hombre. Olfatean en seguida el aire en la dirección que su instinto les indica, y cambian la marcha lenta y pesada por un paso ágil y presuroso. Ya no hace falta hundirles la espuela, ni es posible frenarlos o guiarlos: hay que dejarlos que sigan a donde los lleve el instinto.

Un ejército que se acerca al agua después de haber aguantado sed da un cuadro de desesperación total. Es muy difícil mantener la disciplina, pues todos se salen de filas y corren adelante, con la mirada salvaje que caracteriza la sed extrema. En la mayoría de los casos, si un ejército que está buscando agua encuentra otro enemigo que ya la tiene, se arriesga a una destrucción segura.

Los que nunca han sentido la sensación de sed extrema no pueden formarse una idea de la sensación bienvenida y deliciosa que ofrece el primer trago de agua, aunque el opaco líquido que se encuentra en estos estanques disgustaría a cualquiera que no estuviera sediento hasta el dolor. Es un agua verdosa, llena de insectos, y con frecuencia hay en ella cuerpos de caballos y otros animales, que han tenido apenas la fuerza precisa para llegar al agua y morir. Y hay que sumar a esto que los toros y las mulas que acompañan al ejército se echan al estanque al mismo tiempo que los soldados, y cuando se calma su sed se tumban y se revuelcan allí. Esto explica el agua mugrosa y contaminada que les toca a los últimos que llegan.

El cachicamo, o pequeño armadillo, hace su madriguera en las partes más secas de los llanos. Lo buscan mucho los habitantes, a los



Francisco Antonio Cano. *Estudio Páramo de Pisba*. Lápiz / Papel. S. f.

12

que les gusta mucho su carne, que apenas se puede distinguir de la de un lechoncillo. Se encuentran también rebaños de venados o ciervos rojos, que se pueden fácilmente cazar vivos con el lazo, porque no se asustan a la vista del cazador, a quien miran tranquila- mente y le dejan acercarse a tiro de pistola. La carne de este animal es muy seca y muy insí- pida, distinta a la de las jugosas reses salvajes al que pocas veces se persigue, en una región tan bien provista de ganado. Esto, probable- mente, explica que sienta tan poca alarma a la vista del hombre.

Al contrario, la gacela morada o antílope man- chado es también muy numerosa y muy bus- cada, y no solo por su carne exquisita, sino por su piel, muy estimada en el país. Es tan tímida, que cuando la persiguen parece que pierde to- das sus facultades. Se cae con frecuencia, sin haberse herido aparentemente, y es derribada

con facilidad por los largos lazos trenzados que usan los llaneros.

Una especie de búho pequeño, llamado por los criollos agüaita-caminos, [gallinaciega] hace su nido en la arena floja. Lo llaman así porque parece estar mirando el camino, en grupos de dos o tres, sentado, con la más ridícula solem- nidad, sobre un montículo de tierra hecho por él. Apostado allí como un centinela, abre des- mesuradamente sus ojos grises para mirar a los viajeros, pero inútilmente, porque no pue- de ver durante el día, y baja la cabeza en signo de saludo, poco más o menos como haría una marioneta.

Bolívar no se detuvo mucho tiempo en Guas- dualito, atravesó el Arauca, frente a una aldea dispersa y extensa del mismo nombre, y avan- zó hacia Casanare. Es imposible dar una idea exacta de las fatigas que las tropas tuvieron

que sufrir durante este viaje, en una época del año en la que siempre se ha considerado imposible atravesar los llanos, incluso a caballo.

La infantería tuvo que marchar diariamente, varias horas seguidas, con el agua hasta la cintura, sin encontrar un sitio de reposo, y acosada por caídas frecuentes en huecos tapados por el agua o por el barro en el que se quedaban pegados. Nada podía dar más alegría que descubrir un sitio seco para descansar por la noche, después de las fatigas del día.

[Peces carnívoros]

Al pasar los ríos, muchos soldados fueron cruelmente mordidos en las piernas y muslos por un pececillo llamado caribe. Este pez no tiene nunca más de 8 a 12 cm de largo, y sus escamas tienen un brillante color naranja. Por pequeños que sean los caribes, su prodigiosa voracidad y el número incalculable de los que nadan juntos los hace peligrosísimos.

Lo cierto es que un llanero los teme tanto o más que a un caimán. La boca de estos caribes es muy grande en proporción de su cuerpo; está provista de dientes anchos y agudos, de tal manera, que se diría la boca de un tiburón en miniatura. Cuando atacan a un hombre o a un animal, arrancan la carne con sorprendente prontitud, porque el olor de la sangre, al reparse en el agua, los reúne por miles.

Cuando en el camino que seguía el ejército se atravesaban caños, ríos o arroyos, que no se podían pasar a pie, se construían balsas con una madera ligera, que se encuentra en casi toda la extensión de los llanos; y donde no se conseguía, las hacían de cueros de toro. En estas balsas, atadas juntas como bolsas de a dos o tres, y escoltadas por excelentes nadadores para evitar que se volteen, se transportaban personas, pólvora y equipajes.

Las balsas de cuero, usuales en Barinas, se construyen con cuero sin curtir, con los extremos cortados, y con huecos a todo lo largo del borde, que permiten que se amarre como una bolsa con una cuerda. Se llenan con montones de madera o ramas secas, o cualquier cosa liviana, de modo que puedan sostener a varias personas que se agarran de él, mientras se pasa por una corriente y se devuelven al otro lado mediante lazos.

[En el piedemonte]

Al acercarse a las montañas, el aspecto del paisaje cambia considerablemente, lo que es un placer para el ojo del viajero después de un largo tiempo en estas llanuras que parecen infinitas. El terreno se va haciendo más desigual, y las aguas estancadas y arroyos rápidos y con corriente reemplazan los ríos fangosos. Se ven más cultivos y las casas, aunque más pequeñas que las de los llanos, están mejor construidas y con más comodidades. A medida que disminuyen los grandes rebaños, aumenta el número de gallinas y cerdos y es más fácil conseguir arepas. El frío comienza a hacerse sentir vivamente, sobre todo de madrugada, cuando el viento sopla en las nevadas cimas de la cordillera.

En las proximidades de la villa y río de Casanare, las quebradas o torrentes comienzan a interrumpir con frecuencia la marcha. Para pasarlo era necesario que la caballería cargara las armas y los equipajes de la infantería, y esta se veía obligada a formar dos largas filas, con las manos cogidas, pues la fuerza de las corrientes es tan grande que a veces derriba a las personas y a veces las arrastra. Bolívar pasó varias veces algunos de estos torrentes, cargando en las espaldas, en grupo, soldados débiles y mujeres que seguían a sus maridos. Siempre estaba atento y era afectuoso en sus atenciones a los heridos y enfermos, así como a las mujeres emigrantes y a otros, cuyas

privaciones y sufrimientos eran muy dolorosos, sea que fueran tras el ejército por necesidad o por elección.

A medida que los caminos seguían subiendo y se volvían de piedra, todos los caballos, que eran de los llanos, comenzaron a flaquear y a cojear, pues no tenían ninguna costumbre del piso duro, y nunca habían subido o bajado pendientes más largas que las orillas de los ríos, a donde iban a beber. Esto causó la deserción de un cuerpo entero de llaneros, que mandaba el Coronel Carvajal, Páez lo había destinado a acompañar a Bolívar en Nueva Granada, mientras él se quedaba en Achaguas con el resto de su ejército, con excepción de los lanceros del Coronel Rangel. Estos eran sobre todo nativos de la provincia de Mérida, muy montañosa, y cuatro años antes, cuando siguieron a Rangel por primera vez a los llanos, eran unos 1.500, pero ahora, al volver a los Andes, no quedaban sino unos 400, pues el resto había muerto en acción.

Los hombres de Carvajal, que soportaban con buen ánimo su propia fatiga, no podían mirar con indiferencia las durezas de sus caballos o incluso la pérdida de ellos, e iban abandonando el ejército en cada parada, hasta que solo quedaban unos pocos oficiales. Los hombres de Rangel, de montaña, por el contrario, respiraban con mayor libertad a medida que subían por la cordillera, y no tenían ninguna resistencia a montarse en unas mulas o incluso a andar a pie, una humillación a la que todo verdadero llanero se resistía.

En las partes bajas del piedemonte, uno no encuentra muchos cultivos, pero a medida que va subiendo, por una serie de ascensos muy pendientes que alternan con suaves descensos, aparecen hermosos valles y collados, donde los habitantes cultivan papas, chiquitas y de pobre calidad, pues raras veces se abona el suelo. Así y todo, forman la parte principal de la alimentación de los montañeros, hervidas

en una espesa mazamorra. Tienen también la arracacha, una raíz peculiar a las montañas de Sur América. Es una comida nutritiva y agradable, con un sabor y forma que recuerda la alcachofa de Jerusalén. Parece una raíz muy productiva y resistente, que crece en sitios difíciles y en un suelo pobre y pedregoso, con raíces irregulares que se pegan en manojo a la planta original. Los campesinos locales la usan con frecuencia, junto con el maíz, para hacer una clase de chicha, esa sabrosa y estimulante bebida indígena, tan celebrada, y que los hombres de montaña beben con frecuencia.

Los serranos, como llaman a los nativos de las cordilleras, son de corta estatura, delgados y de aspecto mezquino. Al viajero le sorprende la diferencia entre ellos y los altos, fuertes y gruesos llaneros, comedores de carne. A primera vista, diríase que los serranos son unos hambrientos extranjeros que todavía no se han acostumbrado al aire de las montañas. Visten también más pobemente, porque no fabrican ninguna clase de telas y no tienen medios para procurarse mejores prendas ni por la compra ni por trueque.

[Subiendo a los Andes]

Empezamos a ver entonces frecuentemente los picachos nevados de los Andes, por las anchas hendiduras de las montañas inferiores que llevan a ellos, y no entendíamos como podríamos pasar esa barrera, en apariencia inaccesible. Es verdad que mientras más contempla un viajero aquellas imponentes montañas, menos concibe la posibilidad de pasarlas.

Los estrechos senderos que conducen a los páramos bordean precipicios que rodean montañas salvajes totalmente deshabitadas y cubiertas de inmensos bosques que bloquean la luz casi por completo. Los árboles se elevan a tal altura que sus cimas detienen constantemente las nubes a medida que pasan, lo que produce



Francisco Antonio Cano. *General en observación -paso Bolívar y Santander por el Páramo de Pisba.* Lápiz / Papel. S. f.

una continua llovizna que los alimenta. Esta circunstancia explica lo resbaladizos y, por lo tanto, peligrosos, que resultaban para el ejército los senderos de esas montañas, especialmente para las mulas y bueyes agotados, que sin embargo sobrevivieron las fatigas de la marcha y la total falta de mantenimiento, pues nada crece bajo estos árboles distinto a hiedras, musgo y líquenes. En varios sitios los torrentes que se precipitan de roca en roca perpendicularmente bajo los senderos, se hallan a tan enorme distancia, que apenas llega el ruido de su caída al oído del viajero; y a medida que

los agotados animales se despeñaban, uno a uno, su camino podía adivinarse por la ruptura de los arbustos que crecen en los bordes del precipicio, hasta que uno los veía hundirse en las corrientes espumosas.

[La tarabita]

Pasábamos a menudo puentecillos de troncos de árboles puestos sobre caídas de agua que han abierto el lecho porque se lanzan a unirse más abajo a las corrientes. Estos puentes se hallan, en general, tan cubiertos de musgo y en tal estado de abandono y decadencia, que apenas se considerarían seguros para pasar un arroyito de un pueblo. Hay otra especie de puente, que se pone donde la distancia es tal que no es posible armar un arco para pasar de un extremo a otro. Este puente se llama tarabita y se compone de varios lazos anudados, de manera que forman una fuerte trama de cuerda atada en los dos extremos a unos árboles.

De esta tarabita se cuelga una especie de hamaca o cesto de mimbres o de piel de vaca, capaz de cargar dos personas, del que se tira por medio de largas cuerdas, dispuestas para ello. A los caballos y mulas se les pasa una cincha y se les transporta colgados de ella, poco más o menos de la misma manera en que se embarcan los caballos en un barco de transporte. Las tarabitas se extienden a menudo por 40 o 50 toesas [es decir, de 75 a 85 mts] y la horrible profundidad sobre la que cuelgan hace necesario que las personas nerviosas cierran los ojos al cruzar. Este sistema de transporte produce una sensación similar,

con toda probabilidad, a la que experimenta un aeronauta.

[El frío del páramo]

Aunque el ejército fuera bañado noche y día por la lluvia no sufrimos un frío muy severo, porque nos abrigaban los árboles del bosque. Pero cuando salimos de los bosques y llegamos a los páramos, con sus pasos sin vegetación, el viento era tan penetrante que helaba aun a los que estaban mejor vestidos, y por aquella época estos eran desgraciadamente muy pocos en el ejército de Bolívar. Los que tenían zapatos al salir de los Llanos los habían desgastado del todo y muchos, incluso de los oficiales, literalmente no tenían camisas, y se contentaban con envolverse con mantas o lo que pudieran conseguir.

16

El aspecto de los Andes, entre estas cadenas de montañas es magníficamente salvaje. Aunque parecen enteramente nevados, vistos desde las montañas inferiores, hay, sin embargo, poca nieve en los páramos a causa de las violentas ráfagas de viento que la barren constantemente, excepto donde la cubren algunas rocas.

[Los huesos del camino]

Hay también en los flancos de algunos picos elevados, precipicios de rocas sólidas, donde la nieve no puede permanecer; pero cuando se ven estas montañas de cerca, se observa que el hielo está incrustado en ellas, y que en varios lugares tienen hondonadas donde las cascadas brotan continuamente. A esta altura de los Andes, no hay ya senderos, porque el terreno es rocoso y quebrado, cubierto a tréchos con pequeñas capas de nieve helada, y sin otro signo de vegetación que líquenes de color oscuro. No es difícil, sin embargo, encontrar rumbo, porque se haya indicado por osamentas de hombres y animales que han

perecido, al tratar de atravesar los páramos con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas, plantadas sin duda por manos piadosas, en memoria de los viajeros que allí perdieron la vida, y en el suelo se encuentran maletas, correas y otros artículos abandonados, que parecen los restos de un ejército desperdigado.

A semejante altura, la situación del ejército es realmente espantosa; sobre su cabeza se alzan enormes bloques de granito que aterrnan al audaz viajero, y a sus pies se abren insondables abismos que abren sus bocas como si quisieran tragárselo. La sensación de extrema soledad, de alejamiento del mundo, se apodera de su mente, y la refuerza el silencio de estas agresivas soledades, que no turba ningún rumor, a excepción del grito del cóndor y el monótono murmullo de las lejanas chorreras. Las nubes pasan sin parar, tan densas que a veces oscurecen totalmente el camino, donde un mal paso tendría consecuencias terribles de imaginar. A veces es preciso acostarse en el piso para evitar la impetuosa violencia del viento. El cielo, de un constante azul oscuro, parece más cerca de nosotros que cuando lo veíamos desde los valles, pero, aunque el sol no esté velado por ninguna nube, no parece ofrecer ningún calor y no da sino una luz pálida y enfermiza como la de la luna llena.

[Muriendo de frío]

El cansancio y el frío, añadidos al estado de debilidad en que se encontraban los soldados, faltos de suficiente alimento, empezaron a mostrar sus efectos. Era casi imposible impedir que se acostaran en el piso, a causa del excesivo sopor del que todos se quejaban. Este sopor es para muchos un síntoma precursor de la muerte. En vano los oficiales intentaban obligarlos a levantarse, sin que los argumentos pesaran, pues la urgencia del caso hacía que cada uno pensara solo en su seguridad

personal y en cómo superar estas peligrosas alturas, mientras quedara algo de aliento, Los que cedían a esta fatal somnolencia no tardaban en ponerse blancos, y morían sin dolor aparente como víctimas de un ataque de apoplejía. El extremo enrarecimiento del aire es tal vez lo que produce este resultado. Los pulmones, en cada inspiración, parecen llenarse en forma incompleta, y se produce una apariencia de asma, al tiempo que se acelera el ritmo del corazón. Una noche de las que se pasaron en el páramo, que el ejército no fue capaz de atravesar sin una parada, fue aterradora, por la inclemencia del tiempo. No se pudo conseguir leña para hacer fuego, y si lo hubiera habido el viento no habría dejado encenderla. Los oficiales y los soldados, por lo tanto, se sentaron, amontonados sin discriminación en grupos que buscaban calentarse. Muchos murieron en esta noche terrible. Venía con el ejército una pobre viuda, con toda su familia de niños, con los que regresaba a su hogar cerca a Zipaquirá. Había emigrado desde allí a los Llanos con su marido, un oficial patriota, cuando Morillo se apoderó nuevamente de Santafé de Bogotá.

Durante esta noche los cielos parecían azules claros, tirando a negros. El número de estrellas parecía haber aumentado, o había aumentado realmente, y evidentemente se mostraban mucho más brillantes. La luna también estaba más clara, redonda, casi con un brillo metálico, y las montañas que uno ve en su superficie se veían con mucha más claridad que cuando se miraban desde sitios más bajos. Vimos varias estrellas fugaces muy brillantes, pero no era posible distinguirlas, excepto por el mayor recorrido o por la velocidad de su movimiento.

El descenso de los Andes, aunque muy escarpado y lleno de precipicios, es de todos modos mucho menos duro que el ascenso desde los llanos. Y es mucho más corto, porque las tierras que hay entre las dos ramas longitudinales de la cordillera, que se extiende a todo lo

largo de Sur América, están a una altura mayor que las que están a ambos lados de las mismas montañas. El clima es frío, especialmente en las partes expuestas a los hielos enfriados por la nieve, pero al llegar a los valles protegidos, la temperatura es deliciosa. El suelo es en general productivo y se cultivan todos los sitios posibles, como ocurre en general en una región montañosa, donde los habitantes nunca dejan de compensar por las desventajas del sitio en el que trabajan con una actividad y un esfuerzo dobles. Aquellos, por el contrario, que viven en los sitios más planos, raras veces harán el esfuerzo de cultivar un terreno suficiente para que les de la subsistencia. Hay un tipo especial de caballos en estas montañas, pequeños, no tan bien formados como los ponies, pero que más bien parecen caballos de tiro en miniatura. Tienen melenas reveltas, cueros gruesos y los tobillos o canutillos gruesos y peludos. No les ponen herraduras ni les arreglan los cascos, de modo que la pezuña llega a ser en algunos casos hasta de un pie de largo. Esto da al animal una extraña apariencia, y sugiere la idea de gente que camina con zapatos de nieve, pero a pesar de esta apariencia incómoda, son animales de paso muy seguro, y considerados iguales a las mulas en malos caminos rocosos.

[En Socha]

Mientras bajaban a los valles, las tropas se detuvieron en una pequeña aldea, situada al pie de una colina pendiente y más bien alta, que constantemente se desmorona, sin ninguna razón obvia. Esto no puede ser explicado por la acción del agua, pues no se encuentran fuentes en ella. Pero sea lo que sea, las piedras y guijarros sueltos, que caen sin parar a los dos lados, han destruido ya la iglesia, así como varias casas vecinas, y ya los habitantes han llegado a la conclusión de que deberán abandonar el sitio y reconstruir su pueblo en algún otro sitio del vecindario.

[En Sogamoso]

El ejército patriota llegó al pueblo de Sogamoso antes de que el general realista supiera que había logrado pasar las cordilleras, porque había quitado las avanzadas de los pueblos situados en la extremidad de las montañas, considerando que no era posible que semejante paso pudiera efectuarse durante el invierno.

[La batalla del Pantano de Vargas]

Sin embargo, Barreiro, que mandaba el ejército español de Nueva Granada, en cuanto supo que Bolívar había penetrado en esta provincia, reunió precipitadamente sus fuerzas y se apoderó de las alturas que dominan al Pantano de Vargas, entre las cordilleras y la ciudad de Tunja. Era ésta la capital de la provincia de este nombre, y a Bolívar le importaba entrar en ella, porque sus principales habitantes se habían mostrado siempre favorables a la causa de la independencia, y le habían mandado decir que estaban dispuestos a unírsele en la primera ocasión que se presentara.

Aunque las tropas patriotas se encontrasen en lamentable estado, por las fatigas y privaciones inauditas que acababan de sufrir; aun cuando sus armas de fuego se habían estropeado mucho, y aunque careciesen de municiones, Bolívar no vaciló un momento en atacar a los realistas en sus posiciones. Estos tuvieron al principio alguna ventaja, debido a la superioridad de su número, pero finalmente la fortuna pasó a los patriotas, apoyados por unos centenares de ingleses, a los que Bolívar, con base en varios batallones, había reunido en un regimiento de infantería, bajo el comando del Coronel James Rooke, que resultó herido al comienzo de la batalla y perdió su brazo. El mayor Mc Intosh condujo a los soldados a una elevada colina, en medio de un fuego intenso que no devolvieron, hasta que llegaron a

las alturas, desde donde cargaron a la bayoneta y desbarataron a los españoles.

A la mañana siguiente, temprano, Bolívar entró a Tunja habiéndose adelantado durante la noche, por travesías y desvíos, a la tropa realista, pues Barreiro se estaba retirando más lentamente en la misma dirección, por otro camino. Bolívar ganó con esto una ventaja importante, pues ahora estaba en un sitio fuerte, en una provincia donde todos estaban a favor de él. Pronto aportaron a su ejército provisiones de todo género para reponer a sus agotados soldados, así como considerables cantidades de paño, que hacía muchísima falta. No tardaron tampoco en acudir al campo patriota desde todas partes voluntarios y Bolívar se encontró en poco tiempo al frente de un ejército tan respetable por el número como por el aspecto, y que deseaba ardientemente enfrentarse al enemigo.

[En el Puente de Boyacá]

Mientras tanto, Barreiro, hallándose separado de Tunja, se retiró hacia Ventaquemada, y, después de haber recibido refuerzos de Santa Fe de Bogotá y de los alrededores, se parapetó frente al Puente de Boyacá. Este lugar era notable, pues allí se había dado la última batalla donde los españoles derrotaron en un tiempo a los antiguos habitantes de Cundinamarca. Ahora estaba destinada a presenciar la última batalla y la derrota total de los españoles en la Nueva Granada. Barreiro, en la posición que había escogido, no podía esperar apoyo de Morillo, pues incluso si este general se hubiera enterado de la situación tan amenazadora para Bogotá, la estación del año le habría impedido mandar tropas desde Caracas, a través de los Andes y por caminos tan difíciles.

En cuanto Bolívar se enteró del movimiento de Barreiro, atacó a este jefe en la posición que había elegido. Los realistas, que no ignoraban



Francisco Antonio Cano. *General con caballo*. Lápiz / Papel. S. f.

que del resultado de la jomada dependía la suerte de la capital y la de toda Nueva Granada, se defendieron con gran valor y resolución. Fueron, no obstante, derrotados tras una batalla breve pero sangrienta, habiendo intentado inútilmente destruir el puente por el que se batían en retirada. No hubo nunca victoria más completa: todo el ejército español, con sus bagajes, sus municiones y su caja militar, cayó en manos de los vencedores. Cuando Barreiro vio que iba a ser cogido tiró su espada al suelo para evitarse la humillación de entregársela a Bolívar, cuyos talentos militares había tratado

siempre con el mayor desprecio en sus proclamas.

Fue hecho prisionero, con gran número de oficiales, entre los que figuraba el segundo al mando, el coronel Jiménez, que había manifestado el inalterado odio que tenía a los patriotas con numerosos actos de crueldad. Los patriotas le apodaban el Caricortado, a causa de una herida que recibiera en la cara. Cuando hacía prisioneros, ordenaba que fuesen atados espalda con espalda y arrojados así a un río, en cuyas márgenes permanecía él, como si se recrease en presenciar los inauditos esfuerzos que hacían aquellos desgraciados para salvarse a nado.

19

Todos los soldados del ejército realista, que habían intentado escapar hacia los campos vecinos fueron traídos, amarrados por los campesinos, que se habían armado con las armas abandonadas en pánico por los fugitivos. Era difícil, en verdad, proteger a los españoles del resentimiento de los campesinos, que los odiaban, por el sistema de crueldad y saqueo que habían puesto en práctica contra ellos [...].

Relato tomado de Vawell, R. (1974). *Memorias de un oficial de la legión británica: campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispanoamericana*, Bogotá, Banco Popular, Biblioteca Banco Popular, 56, disponible en línea: http://bdigital.unal.edu.co/28/121/capitulo_10.pdf.